scj.es

Revista de la Familia
Dehoniana
Nº 21

Su nombre, Misericordia

El camino entre Dios y el hombre

Enseñar al que no sabe

Educar en lo profundo

Nº 21
Mayo
2016

SUMARIO

2. **Editorial**
4. **El nombre de Dios es misericordia**
P. Gonzalo Arnaiz Álvarez, scj
10. **El buenista, el yihadista y la misericordia**
P. Francisco Javier Luengo Mesonero, scj
16. **Tema central**
Enseñar al que no sabe
P. Pedro Iglesias Curto, scj
26. **Predicar, obrar desde, amar con el corazón**
P. Ángel Alindado Hernández, scj
28. **Justicia y paz en las obras dehonianas:**
«estuve en la cárcel y me visitaste»
H. Javier López, scj
30. **Obras de misericordia espirituales:**
«Aconsejar al que duda»
«Amonestar a los pecadores»
«Consolar a los afligidos»
«Rezar por los vivos y por los muertos»
«Soportar con paciencia las personas molestas»
P. Juan José Arnaiz Ecker, scj
40. **Imagen y oración**
P. Ángel Alindado Hernández, scj
P. Ramón Domínguez Fraile, scj
44. **Actualidad scj**

Director
P. Antonio Rufete Cabrera, scj

Subdirector
P. Pedro Iglesias Curto, scj

Equipo de Redacción
P. Ángel Alindado Hernández, scj
P. Juan José Arnaiz Ecker, scj
P. Ramón Domínguez Fraile, scj
P. Pedro Iglesias Curto, scj
P. Antonio Rufete Cabrera, scj

Diseño y maquetación
143comunicacion.com

Imprime
GRÁFICAS DEHON
La Morera, 2325
28850 Torrejón de Ardoz
Dpto. Legal: M52542012

Que no se pierda de los que el

Apabulla tanto titular y tanto hecho noticiable que copa la actualidad. Se encoge el corazón ante tanta miseria, tanto atropello de la dignidad del ser humano y tanto silencio que suena a indiferencia. Es como si el mundo se moviera a golpe de fogonazos de realidad, o a ritmo de impactos que duran lo que tarda en saltar otro mayor.

Hay veces en las que el sentimiento me parece impostado. Me asusta pensar que lo que realmente nos sobrecoge es el disparo, o la catástrofe, o la incertidumbre de un futuro sin definir y no el drama ni la injusticia que sufren hoy tantas y tantas personas, que necesitan hoy una respuesta.

Su buena noticia, la de la Pascua, no aparece en los medios de comunicación, pero es – estoy convencido – el único camino que puede abrirnos los ojos cuando nos cuesta mirar de frente las dificultades; la única verdad capaz de clarificar la maraña de

ninguno Padre me ha dado

ideologías que no hacen sino enfrentarnos; la única vida que puede dar sentido y un nuevo impulso a nuestros corazones encogidos, a nuestra fe desdibujada y a nuestro compromiso pospuesto por no sé cuántos intereses o miedos.

Pese a cualquier pero, el Señor sigue empeñado en escribir su Historia y la nuestra. Así lo narra Juan en su evangelio, así cuenta lo que él mismo ha visto y ha tocado, su propia experiencia de la Palabra viva: *que no se pierda nada de lo que Él me dio, sino que lo resucite en el último día* (cf. Jn 6, 40).

Y es que cada uno, usted y yo, tenemos algo que decir: una palabra que aportar, una oración que ofrecer, un gesto que muestre quiénes somos y a qué estamos llamados.

El nombre de Dios es Misericordia y este es precisamente el rasgo que debería definirnos, esa es la impronta que nuestro mundo necesita para que se atenúe tanto estallido de dolor, para que se acorten las distancias insalvables, para no derrumbarnos aun cuando tiemblan los cimientos sobre los que asentar la convivencia y hasta la misma identidad del ser humano, para que nunca perdamos el horizonte al que apunta este tiempo de Pascua: el triunfo de la Vida.

Que tanto ruido no se coma la cadencia de la Pascua, que es la apuesta firme de Dios por contribuir a un mundo nuevo. Que, con tanto ruido, no pase desapercibida su Palabra y su presencia en esos tantos y tantos, que son hermanos nuestros, que son cosa nuestra. Que, con Cristo, no consintamos que se pierda nada ni nadie de los que Dios Padre nos ha puesto en el camino.

P. GONZALO
ARNAIZ ÁLVAREZ, scj

El nombre de Dios es misericordia

La misericordia

Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, «rico de misericordia» (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad» (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la «plenitud del tiempo» (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cf. Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios.

Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado.

El Cristo de la misericordia.

Pretendemos entrar en el **ESPIRITU MISERICORDIOSO Y COMPASIVO DE CRISTO EL SEÑOR**. Quisiéramos ver que entrando en ese espíritu de misericordia se puede aportar alegría al mundo de hoy donde se dan situaciones dramáticas a las que contribuimos con nuestras actitudes de vida.

Quizás los medios de comunicación carguen demasiado las tintas en los acontecimientos «malos», como las guerras, terrorismos, terremotos, asesinatos, crisis. Pero lo cierto es que están ahí y crean sentimientos de desesperanza y desasosiego en la gente. Por eso muchos buscan distracción para no ver o huir de estas sensaciones. Es cierto que vivimos unos momentos de desorientación en nuestra civilización. El futuro nos da miedo cuando no terror.

En el pasado había ciertas seguridades y certezas inamovibles que daban peso a la vida y hacían que se pudiera enfrentar el camino de la vida con entereza y ánimo. El futuro no era puro azar. La cultura y la religión daban cohesión a la vida y también cierta esperanza.

Hoy hay un adelgazamiento general de principios y verdades; un desmoronamiento de certezas y culturas. Nada es perenne. Todo cambia. Nada hay seguro. Solo queda instalarse en la finitud o buscar entretenimientos o refugios que aquieten nuestra desazón. La bebida, la droga, las riquezas, el culto al cuerpo, el deporte, el sexo... son nuestros refugios.

¿Somos pesimistas? No. No todo es negro y hay que afirmar que siempre se da más bondad que maldad en el mundo.

Enraizarnos en Cristo

Nosotros hoy queremos mirar al pasado, pero no por añoranza, sino para enraizarnos en Cristo.

Queremos ver cómo Él vivió en medio de las «ansiedades» de su pueblo y pudo ser fuente de esperanza, para ver si así nosotros también hoy, viviendo como Él, podemos ser fuente de esperanza en el mundo.

Jesús nunca fue competitivo sino que ofreció compasión. Pasó por el mundo haciendo el bien. Jesús vivió con la conciencia de su auto-entrega en favor de todos. Seguro que no dio muchas cosas (porque no tenía), sino que se entregó a sí mismo y por eso fue buena noticia para los demás. Su vida fue una vida de acogida y de entrega hasta la muerte. También entonces latía el descontento o había muchos motivos para la indignación. La situación económico-social de Palestina era muy precaria y sus gentes vivían al borde de la pobreza y de la esclavitud. También las enfermedades abundaban y no así los médicos ni las medicinas. Había mucho sufrimiento físico y moral.

Jesús se conmovía frente a las necesidades ajenas. El Papa Francisco escribe en el nº 8 de *Misericordiae Vultus*: «Jesús, ante la multitud de personas que lo seguían, viendo que estaban cansadas y extenuadas, perdidas y sin guía, sintió desde lo profundo del corazón una in-

tensa compasión por ellas (cf. Mt 9,36). A causa de este amor compasivo curó los enfermos que le presentaban (cf. Mt 14,14) y con pocos panes y peces calmó el hambre de grandes muchedumbres (cf. Mt 15,37). Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales. Cuando encontró la viuda de Naim, que llevaba su único hijo al sepulcro, sintió gran compasión por el inmenso dolor de la madre en lágrimas, y le devolvió a su hijo resucitándolo de la muerte (cf. Lc 7,15). Después de haber liberado el endemoniado de Gerasa, le confía esta misión: "Anuncia todo lo que el Señor te ha hecho y la misericordia que ha obrado contigo" (Mc 5,19). También la vocación de Mateo se coloca en el horizonte de la misericordia. Pasando delante del banco de los impuestos, los ojos de Jesús se posan sobre los de Mateo. Era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los Doce. San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: *miserando atque eligendo*. Siempre me ha cautivado esta expresión, tanto que quise hacerla mi propio lema».

Vivir hoy el talante de Jesús

A nosotros, los cristianos, se nos acusa (no con mucha razón) de que nos preocupamos más por los pecados que por los sufrimientos de la gente. Hemos de

reflexionar sobre ello. Nosotros, como dehonianos, no podemos olvidar que nuestro Fundador fue sensible a las necesidades de la gente y que otros muchos Fundadores de Congregaciones religiosas las han iniciado para responder al sufrimiento y necesidades diversas de la sociedad. Han estado atentos al sufrimiento de los hombres, a las situaciones marginales de nuestros hermanos.

Quisiéramos vivir hoy el mismo talante de Jesús misericordioso en este mundo con poca esperanza. No podemos olvidar que el Dios en que creemos, revelado en la Biblia, no es indiferente a la historia sino que se muestra atento e interesado por nuestro devenir. No podemos olvidar que los inicios de la salvación de Israel empiezan afirmando por parte de Dios: «He oído el clamor de mi pueblo». El Éxodo arranca con esa atención y escucha de Dios a los gritos de los esclavos. Y la primera voz de Dios a Moisés es un imperativo: «Vete a liberar a mi pueblo de la opresión del Faraón».

Esto no lo deberíamos de olvidar nunca.

Santo Tomás de Aquino decía que lo más propio de Dios es la misericordia y ahí se mostraba su máxima omnipotencia. La omnipotencia de Dios no es devastadora sino que se muestra en su abajamiento para hacernos sentir su corazón y pasarnos a él. Se hace uno con nosotros para caminar juntos. Santa Catalina de Siena ponía en la boca de Dios (o de Jesús) estas palabras: «La misericordia es mi sello distintivo». San Pablo escribe a los efesios haciendo un cántico al Dios rico en misericordia que nos ha bendecido con toda clase de bienes en Jesucristo.

La cruz, revelación de la misericordia trinitaria

Hemos de decir que Cristo es la transparencia luminosa de la misericordia del Padre. Y este amor misericordioso se muestra en su totalidad en la entrega del Hijo en la cruz por parte del Padre, y la entrega del Hijo al Padre también en la cruz. Aparece el amor misericordioso del Padre y del Hijo en el Espíritu. Esta misericordia muestra toda su fuerza en la resurrección de Jesús. La misericordia de Dios vence la muerte, todas las muertes. Es el fundamento fuerte de toda esperanza.

Insertándonos en la Pascua de Jesús (muerte y resurrección) estamos tocando el punto final de la historia. Esa es nuestra meta segura. Peregrinos hacia ese punto caminamos seguros. Siempre, en cualquier situación de la vida, podemos esperar, incluso contra toda esperanza, porque Cristo ha resucitado gracias a su vida misericordiosa y a la misericordia del Padre que lo rescata de la muerte, porque una vida así vivida no podía morir o caer en la nada. El amor misericordioso es más fuerte que la muerte.

Mirar al que traspasaron, árbol de la vida

Hemos de retornar constantemente nuestra mirada al Cristo resucitado. La fuerza del amor nos permite sobrevivir y dar motivos para la esperanza. Podemos decir que de su corazón sale un fuego ardiente que quema y abrasa todo desaliento. Hay ocasiones en que nos parece que estamos haciendo el tonto o perdiendo el tiempo. Incluso podemos tener también la sensación de hacer el ridículo con nuestro estilo de vida y nuestras actitudes que van contracorriente. También en estas ocasiones es bueno hacer memoria de la Pascua del Señor Jesús. Quizás hoy tengamos que ser mártires del ridículo. No hemos de tener miedo a ello si el ridículo lo hacemos por vivir desde los sentimientos de Cristo Jesús.

Vamos a sentirnos extraños en medio del «mundo». Quizás tengamos que ser peregrinos en tierra extraña. Hemos de saber detectar signos de bondad, de amor, de misericordia en medio de nuestro mundo. Los hay. Hay que detectarlos; pero sobre todo hemos de ser testigos de ese amor. Hemos de saber ser «profetas del amor y servidores de la reconciliación».

Cuando sintamos sensaciones de fracaso, o esperanzas defraudadas, es necesario volver al fuego de la resurrección, a la Pascua. Este fuego nos sanará y capacitará para seguir haciendo el bien.

P. FRANCISCO JAVIER LUENGO MESONERO, scj

El buenista, el yihadista y la misericordia

Desconcertado todavía con la noticia de los brutales atentados terroristas en Bruselas, enciendo la televisión para despejar negros presagios y pensar en otra cosa. Pero no puedo. Tertulianos de todo pelaje remejen una y otra vez los mismos argumentos intentando explicar por qué los terroristas atacan Europa. «Odian nuestro modo de vida y nuestro sistema de valores», coinciden todos los contertulios. ¿De verdad odian nuestros valores?

A mí me parece que el *yihadista* odia todo lo que no es él mismo. Desprecia la vida y sabe que el terror es poder, y lo que él quiere precisamente es el poder. La religión y la *saría* son una excusa, un modo ideológico de disimular su inmoralidad. Lo que no termina de convencerme es si en realidad odian tanto nuestro modo de vida, o simplemente se han dado cuenta de que somos tremendamente vulnerables en nuestras contradicciones.

Por otro lado, el buenismo[1] en el que vive Occidente está a prueba porque hemos hecho una ideología de cartón piedra, a golpe de eslogan, sin profundidad ni compromiso. Hemos creído que la paz consistía en soltar palomas o montar conciertos solidarios, pero todo se queda en un flagrante postureo cuando las noticias de guerra y crueldades sin medida afectan a países lejanos. El buenista occidental ha creído en la paz pero no ha dejado de fabricar armas, dice creer en la libertad pero lo que realmente vive es un atroz individualismo, piensa que ha creado un mundo de oportunidades para todos, y lo que de verdad nos iguala es un consumismo egoísta e insolidario. El buenista ha pasado por alto la reali-

---

1 La expresión buenismo, dice Wikipedia, "surgió como un término un tanto despectivo para definir la política llevada especialmente por parte de partidos y organizaciones, basada en el apoyo a los sectores sociales más desfavorecidos por medio de subsidios, subvenciones y políticas de discriminación positiva".

dad del pecado y del mal, y desprecia ambas realidades por considerarlas metafísicas, prescindibles.

Por eso tiene tanto efecto el terrorismo en Europa. Hemos vivido un sueño en nuestra torre de marfil, pensando que estábamos tan alto que nunca nos salpicaría la violencia de los miserables. Pero los *yihadistas* parecen haber olido a presa y han encontrado nuestro punto débil: el miedo. Entonces, el buenista, cuando siente el zarpazo de la violencia en su casa, ya no es tan tolerante, se vuelve vengativo y radical. Por eso están surgiendo como la espuma ideologías xenófobas y radicales que, tras el ominoso siglo XX, creíamos extinguidas. Ojo con el buenista cuando se enfada.

Y en medio de todo esto estamos los cristianos. Y viene el Papa Francisco y proclama el año de la misericordia. Y yo me debato en la encrucijada: ¿cómo hablar de misericordia, de compasión y perdón en un momento como este? ¿Cómo no dar la impresión de que nuestro discurso es ingenuo, ñoño, totalmente inoportuno? Todavía algo más difícil: ¿cómo creer en la misericordia cuando mi propio corazón se debate entre ponerse a la defensiva y calmar mi propia conciencia con alguna acción solidaria de salón?

Quizá no hayamos entendido nada. Hemos desterrado la misericordia a las tierras de la debilidad, de los sentimientos blandos y frágiles. No da, desde luego, imagen de fortaleza aquel

que se muestra compasivo, que se detiene a curar heridas, o a interesarse por los enfermos, o a visitar presos. Sin embargo, no hay nada más duradero, firme e inclaudicable que la misericordia. Quizá deberíamos repensar lo que es la misericordia. Propongo cinco consideraciones.

1. En primer lugar, la misericordia es un acto de fe total en el amor y en su poder. El amor es lo único que puede parar el odio. En el caso concreto del terrorismo, el amor se convierte *en amor a los enemigos*. Pero, ¿es realista este mandamiento? ¿Puede una madre perdonar al asesino de sus hijos? Walter Kasper, en su famoso libro «La misericordia», propone una doble solución: «A la pregunta: ¿adónde iríamos a parar si renunciáramos a la violencia y apostáramos por el perdón?,

se puede replicar con esta otra: ¿adónde iríamos a parar si no existiera el perdón, si de cada injusticia nos desquitáramos con una nueva injusticia?» A largo plazo la única solución es el amor que perdona, incluso a un enemigo. Es el único escenario sobre el cual puede haber futuro. Ningún conflicto es eterno y siempre termina conjugando la palabra *reconciliación*.

2. En segundo lugar, la misericordia implica una toma de partido, un compromiso ineludible e inexcusable por las víctimas. El debate del cristiano hoy está en cómo sacudirse el miedo y renunciar a consignas autoprotectoras y salir a socorrer a las víctimas, a darles voz y a reivindicar sus reclamos. Más allá de lo ideológico, el cristiano debería tener una opción tomada ya: dar de

comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al desplazado, etc. No es cuestión de a qué partido debemos votar sino qué Evangelio queremos vivir.

3. En tercer lugar, parece que hay una dialéctica entre justicia y misericordia, como si fuera incompatible hacer pagar al agresor y, a la vez, perdonarlo. La misericordia no evita el juicio. En Mt 25, el rey que ejerce su misericordia lo hace dentro de un juicio. Seremos juzgados todos. Pero será el amor el que juzgue. Es posible que el amor sea el juez más severo, porque nos juzgará no solo de lo que hicimos sino de lo que dejamos de hacer. Sin embargo, con un juez así la condena no cabe que sea ni definitiva ni un castigo, pero si será reparadora. El amor no puede dejar heridas abiertas, no puede dejar de restituir a las víctimas aquello en lo que fueron dañadas. Pero al final el juicio lo ganará la misericordia, porque la mayor realización de la justicia se da precisamente en ser amado inmerecidamente. ¿Podrá el terrorista suicida aguantar por toda la eternidad la mirada misericordiosa de sus víctimas perdonándolo?

4. En cuarto lugar, la fortaleza de la misericordia y su eficacia no reside en las posibilidades humanas para frenar el mal. Reside en la fuerza inapelable de la resurrección de Cristo, que ha vencido al mal, al pecado y a la muerte. La fuerza de la misericordia no está en nosotros, gracias a Dios, sino en el hecho de que ya somos amados. La misericordia se ha derramado sin pedirnos permiso, sin que nadie lo pueda remediar, sin que haya continente lo suficientemente grande para poder recogerla y retenerla. El mal es un hecho. A nadie se le escapa. Pero la misericordia también lo es. ¿A lo mejor no habíamos caído en ello?

5. En quinto lugar, hay una obra de misericordia que me llama mucho la atención: **corregir al que se equivoca.** Vivimos en un mundo equivocado. Formamos parte de un modo de vida humanamente equivocado, excluyente, que no hace más que descartar personas. Denunciarlo, corregirlo, ponerlo en evidencia, es una obra de caridad, un acto de generosidad ilimitada. La denuncia profética de las injusticias de este mundo, las reivindicaciones justas de los más necesitados, se convierten en un ejercicio bastante contundente de la misericordia.

La misericordia no es débil, ni ñoña, ni ingenua. Es la única postura lúcida, realista y cristiana ante el odio que nos amenaza. Lo que no sé si es fácil asumirla. Posiblemente sea más cómodo justificarse en debates buenistas de salón, o protegerse construyendo muros más altos que ahuyentan, de momento, el miedo, pero no ahuyentan la amenaza.

P. PEDRO IGLESIAS CURTO, scj

Enseñar al que no sabe

Hablar de educación es siempre un reto. Cada día no dejan de aparecer estudios y publicaciones, teorías, proyectos piloto y un largo etcétera de recursos tan numerosos que resultan imposibles de abarcar. Pero sobre todo no es fácil hablar de educación porque somos conscientes de que en esta cuestión nos jugamos mucho, nada menos que el futuro de las próximas generaciones, y con ellos, nuestro propio futuro. Por esta razón aquellos que hacemos de la educación nuestra vocación nos sentimos especialmente responsables de eso que se ha llegado a definir como una verdadera «emergencia educativa» (Benedicto XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma*, 21 de enero de 2008). Esto hace que andemos constantemente a la búsqueda de la «receta» de-

finitiva para afrontar los mil retos que nos plantea hoy la enseñanza, sea en aspectos metodológicos como en lo verdaderamente importante: los destinatarios de nuestra acción, nuestros hijos o alumnos, que cada día nos obligan a permanecer en constante movimiento en un campo donde nada puede darse ya por controlado. Por eso no hay fórmulas mágicas. Pero sí es posible recordar algunas ideas que pueden ayudarnos a no desanimarnos y a afrontar los retos cotidianos de nuestra labor.

Para ello podemos tomar como punto de partida este Año de la misericordia que estamos celebrando y en el que el Papa Francisco nos invita a humanizar la sociedad con acciones concretas de misericordia. En la tradición cristiana estos gestos se han sintetizado en lo que se conoce como «las obras de misericordia», que se dirigen tanto a lo corporal como a la dimensión espiritual del hombre. Dentro de este último aspecto encontramos en primer lugar, según la enumeración tradicional, la invitación a «enseñar al que no sabe». Veamos que pueden decirnos estas pocas palabras, el «no saber» y esto de «enseñar», para nuestra tarea educativa.

Elogio de la ignorancia

«Solo sé que no sé nada». Con estas palabras (o parecidas) Platón, al hablar de Sócrates, su maestro, definía la verdadera sabiduría como la conciencia del propio límite en el saber. Lo

que tan solo parece una buena frase es posiblemente uno de los retos más importantes que tenemos hoy los que nos encontramos en este empeño de la educación. Porque «enseñar al que no sabe» pasa lo primero de todo por hacer consciente al destinatario de nuestra acción de su propio «no saber».

Evidentemente no hablamos aquí de notas o exámenes. Mucho menos de la reacción que puede provocarnos el que el resultado numérico obtenido no coincida con lo establecido. Es cierto que necesitamos medios para evaluar algunos conocimientos. Pero nunca debemos perder de vista que la inteligencia no puede limitarse a la comparativa entre la respuesta que esperamos y lo que encontramos escrito

en un examen y que después cuantificamos. Desgraciadamente hemos hecho de este criterio casi un absoluto con el que, más frecuentemente de lo que nos parece, todos, padres y profesores, así como el mundo laboral o la sociedad en general, valoramos la capacidad o no de una persona.

Afortunadamente (y esto siempre ha sido así, aunque actualmente lo hemos hecho más explícito) no solo la pedagogía sino lo que vemos cada día en casa y en el aula nos recuerda que es necesario ampliar la perspectiva. Términos como las «competencias básicas» o «clave», a las que tantas vueltas seguimos dando; la teoría de las «inteligencias múltiples», que nos ha hecho poner el foco de atención en las distintas capacidades de nuestros alumnos; o la distinción entre el «saber», el «saber hacer» y el «saber ser», nos recuerdan que el saber (y también el «no saber») es mucho más que un número. Somos conscientes de que la responsabilidad que tenemos con nuestros hijos y alumnos va más allá de unos simples contenidos que solo sirven para completar un examen. Es precisamente ahí, en este ámbito, que tiene que ver con la motivación, con la ilusión, con la capacidad de afrontar las dificultades, con las relaciones, con el futuro… donde tenemos el reto de ayudarles a darse cuenta de su propio «no saber».

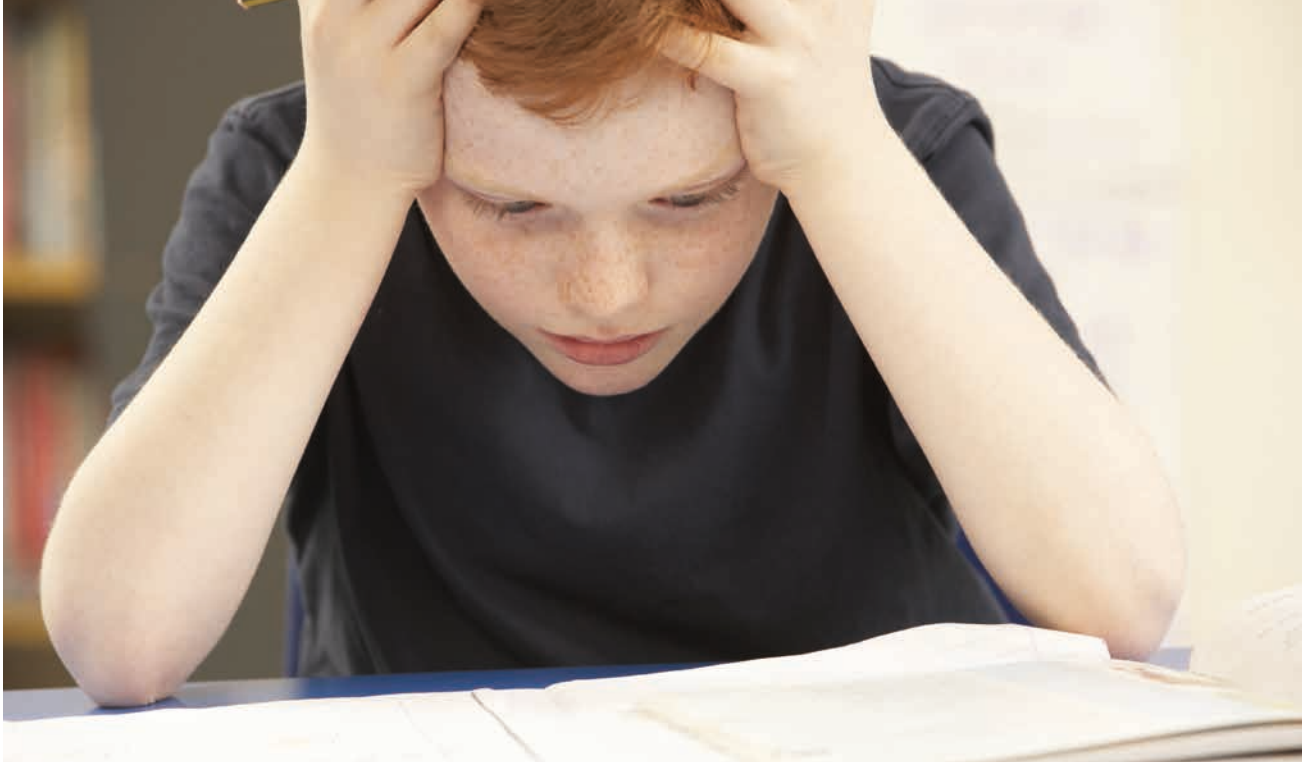
Con razón esta tarea es reto, pues vivimos en una tiempo con infinitas posibilidades, donde el acceso a la información es más sencillo que nunca, donde nuestros chicos y chicas tienen al alcance de la mano, o mejor dicho al alcance del pulgar, conocimientos que hasta no hace demasiado eran el fruto de largos años de estudio o de complejas investigaciones e incontables visitas a bibliotecas. Sin entrar en el debate sobre la fiabilidad o no de este tipo de información, nadie duda de que hoy se puede realizar una operación matemática, comprender más o menos un texto en una lengua extranjera o conocer datos históricos o científicos sin apenas esfuerzo. En esta situación hacer consciente a un alumno de que hay tantas cosas que no sabe o no está en condición de saber es todo menos sencillo. Y sin embargo resulta imprescindible.

No es solo una cuestión de humildad, que tiene mucho de verdad con uno mismo. Es que como decíamos al inicio, y sin que parezca un mero juego de palabras, sin saber que no sé no puedo llegar a saber. Nuestros alumnos, nuestros hijos e hijas necesitan redescubrir sus propios límites para despertar su deseo de aprender, de que lo que reciban, en casa o en clase, no sea sino una excusa para preguntarse y seguir buscando. Solos o con ayuda. Ahora o en el futuro. Pero seguir queriendo saber más, como aquellos libros de hace años que nos llevaban de aquí para allá buscando distintos finales para descubrir nuestra propia aventura. Hoy, sin necesidad de pasar ni una sola página, la red está llena de hipervínculos que tienen la gran función de llevarnos de una información a otra, alimentando nuestro deseo de aprender. Algo parecido sucede también en el mundo de los videojuegos, lo cual nos ofrece la certeza de que esta capacidad de búsqueda (aunque sea limitada) aún no se ha perdido.

¿Y si la motivación para aprender pasa por hacer descubrir el valor del propio límite en lo que sé? ¿Y si saber que hay tanto que aún no conozco no solo es una constatación, sino el motor más potente para encaminarme hacia ello? Basta mirar los grandes avances de la ciencia y de la historia para descubrir que han surgido precisamente de aquí, de la pregunta por aquello que no comprendemos y que ha llevado a sacar lo mejor de nuestras capacidades intelectuales y personales. No hay evolución sin porqués: "¿Por qué sucede esto que no entiendo?" Por eso no podemos reducir la enseñanza a dar respuestas cerradas, contenidos estancos, temas terminados antes de empezar con otro.

Posiblemente en una sociedad como la nuestra este «elogio de la ignorancia» no resulta muy «políticamente correcto», pues los adultos somos los primeros que tenemos miedo a asumir nuestros límites y buscamos recursos para obviarlos. Si yo lo sé todo, lo domino todo, lo controlo todo (y si no lo sé lo disimulo), ¿cómo voy a ayudar a otros a transformar lo que parece un límite en una oportunidad? A menudo el hiperproteccionismo en el que encerramos a nuestros chicos y chicas les impide darse cuenta de sus carencias y apoyarse en ellas para afrontar un aprendizaje nuevo y significativo. Por poner un ejemplo en el campo social, lo fácil es echarle la culpa a las compañías (y con frecuenta acudimos a sus amigos y hasta a los padres de sus amigos para hacérselo saber). Pero si queremos que nuestros hijos aprendan a relacionarse saludablemente con los demás, quizá debamos sentarnos y hablar de sus miedos a estar solos, de sus dificultades, de sus complejos y poner en funcionamiento desde ahí, desde ese «no saber» muy bien estar con otros, estrategias para ir aprendiendo.

Este apoyarse en las carencias como punto de partida de la motivación po-



dría parecer un tanto ingenuo. Sin embargo nos damos cuenta de que otras medidas no nos están dando mejores resultados. Con frecuenta, ante la apatía que en demasiadas ocasiones constatamos en nuestros hijos y alumnos, recurrimos a intentos que pasan por la promesa de una recompensa o la apelación a una supuesta satisfacción por los resultados obtenidos («Verás qué bien te sientes cuando apruebes»). Posiblemente ambos incentivos están teniendo un efecto muy limitado, pues por un lado nuestros adolescentes se han acostumbrado a conseguir recompensas sin esfuerzo y por otro debemos reconocer que la satisfacción por unos buenos resultados apenas tiene valor cuando pueden conseguirse otras experiencias gratificantes más rápidamente, con menos esfuerzo y más valoradas en su entorno.

Así que volviendo al punto de partida quizá debamos convencernos de que nuestra labor educativa, en casa o en el colegio, en definitiva «enseñar al que no sabe» es ante todo «enseñarle que no sabe»; comprender que, aunque tenemos tantos datos tan fácilmente accesibles (y quizá para eso no nos necesitan), es mucho lo que no sabemos y lo que podemos descubrir, no solo otros conocimientos, sino estrategias, relaciones, habilidades, etc. Solamente quien lo reconozca y lo desee se lanzará a hacerlo. A estos chicos y chicas, en su «no saber», se nos propone la tarea de «enseñar».

«Poner una bandera dentro»

A menudo, al detenernos en las palabras y ver su origen, estas nos revelan sentidos mucho más sugerentes que su mero significado en el diccionario.

Así sucede también cuando examinamos aquellos términos que usamos para hablar de la educación, haciéndonos comprender que nuestra tarea va mucho más allá de controlar tareas o asegurarnos que nuestros hijos y alumnos van pasando de curso.

Así «educar» proviene de un término clásico que significa «guiar» o «conducir». Y en el caso de «formar» no hace falta ir demasiado lejos para ver que a lo que invita es a «dar forma» a ese barro, a menudo demasiado maleable e indefinido, que son muchos de nuestros adolescentes. También el término «enseñar», que quizá lo hemos reducido únicamente a su significado de transmisión de contenidos, tiene connotaciones interesantes que podemos descubrir.

No hace falta pensar mucho para encontrar términos de la misma familia, como «enseña» o, más cercano al original latino «insignia», que se refiere a un símbolo, una bandera o más genéricamente un «signo» o una «señal». Si todo esto lo consideramos teniendo en cuenta ese prefijo «in», que hace alusión a la intimidad, quizá podríamos definir «enseñar» como «poner una bandera dentro». Sirva para entenderlo una imagen.

Pensemos en la Edad Media, en aquellas batallas por la conquista de una ciudad, normalmente amurallada, con su fortaleza en la parte más alta, donde ondea la insignia del señor de la ciudad. El ejército enemigo se dispone a entrar en la ciudad, supera los muros

y derriba la puerta. Mientras los que se encuentran dentro hacen frente a aquel primer ataque, la avanzadilla del ejército incursor se adentra cada vez más, hacia la fortaleza, hasta acabar con la última resistencia del castillo mientras un soldado sube a las almenas, derriba sus pendones, y coloca la bandera del nuevo señor. La ciudad ha sido conquistada.

Esta imagen puede describir muy gráficamente nuestra tarea de cada día, como padres y educadores. Es lo que tantas veces repetimos a nuestros hijos y alumnos: que queremos enseñarles para la vida, que de alguna forma lo que les decimos y transmitimos es para su futuro… Es poner dentro de las murallas tras la que se refugian (y que particularmente levantan en la adolescencia) una bandera, un signo, una señal, una idea, un conocimiento que no quede en la mera superficialidad y que, de alguna forma, pueda serviles de guía.

Esta referencia a un aprendizaje que toca aspectos más interiores de lo que normalmente estamos acostumbrados resulta especialmente importante en el momento en que vivimos. Porque quizá nuestros alumnos están saturados de «ex-señanzas», de impactos que, lejos de pretender llegar al fondo, se quedan en la mera superficialidad. Es aquello que tantas veces constatamos de: «Mi hijo hace más caso a sus amigos que a lo que yo le digo». O eso de: «En clase está más pendiente de lo

que hacen los demás que de lo que le estoy explicando». Desgraciadamente nuestras palabras son para ellos uno más de los impactos que reciben a diario. Algo que se queda fuera. Y puestos a elegir a qué hacer caso, mejor a aquello que les resulte más interesante y menos desestabilice sus propias murallas.

Quizá por eso en este momento todos aquellos que estamos comprometidos en la educación, como padres o profesores, tenemos el reto de apuntar más alto y más al fondo. La teoría de la educación ha recurrido a la distinción entre «aprendizaje significativo» y «no significativo». Porque sabemos que hay cosas que se quedan y cosas que se lleva el viento o se olvidan a la misma velocidad que se vuelcan en un papel para completar un examen. Nuestra pretensión es llegar dentro. Y no podemos renunciar a ello.

Pero más aún, volviendo a jugar con la palabra «enseñar», el «en» del comienzo, *in* en latín, no solo alude a la interioridad sino que apunta en una dirección. Volviendo a la imagen de la batalla, ese signo en lo alto de la almena vincula ese castillo con el del señor que ha salido a conquistarlo. Enseñar no es solo dejar en nuestros hijos y alumnos el recuerdo de lo bien que explicaba aquel profesor o los buenos consejos que me daban mis padres. Enseñar tiene que poner en movimiento, dirigir hacia algo, hacia metas, hacia retos, hacia opciones de futuro.

Estas dos ideas pueden ayudarnos a contrastar lo que hacemos cada día o las conversaciones que tenemos con nuestros hijos. Centrados en contenidos, objetivos, notas, programaciones, entrevistas y ese largo etcétera, no nos preguntamos demasiado por aquello que en boca de nuestros alumnos nos resulta casi impertinente pero que tiene su destello de verdad (y de cuestionamiento a nuestra labor): «Y esto, ¿para qué me sirve?». Si la sensación es la de un contenido más, que no llega a ningún sitio ni dirige hacia ningún sitio, más que «enseñar al que no sabe» quizá no estamos más que dejando a las jóvenes generaciones una bonita colección de libros y apuntes que, en cualquier mudanza, quedarán por el camino.

Grandes principios para grandes finales

Quizá todo esto no parezcan más que ideas generales o grandes principios. Pero solo grandes principios auguran grandes finales. Que educar es un reto, todos lo sabemos. Pero, como decíamos al comienzo, por tanto como nos jugamos, no debemos ni podemos rendirnos. En el caso de los educadores, en ello va nuestra vocación y nuestro trabajo. En el caso de los padres y madres, además de lo anterior, va la vida. Así que, a pesar de todo, debemos seguir intentando llevar a cabo nuestra tarea con todo el empeño, sabiendo de los grandes horizontes que esta misión nos plantea.

«Enseñar al que no sabe» nos permite adentrarnos en un dinamismo tan potente del hombre como es el deseo de superarse, de ir más allá. Y hacerlo no superficialmente, sino desde lo más profundo, llegando a dejar en el interior de nuestros hijos y alumnos algo de nosotros mismos, nuestra señal, nuestra marca, que a su vez les lleve, por ellos mismos, a nuevas conquistas. No hay mayor recompensa que pueda recibir quien se dedica a la enseñanza. No hay mejor herencia que unos padres puedan dejar a sus hijos.

Y todo ello sin perder de vista el punto de partida de esta tarea. «Enseñar al que no sabe» es una obra de misericordia, un gesto concreto de que merece la pena complicarse la vida por los demás. Como bien sabemos, al enseñar se aprende, al ayudar a descubrir al otro que no sabe uno se hace consciente de su propia limitación para juntos aprender.

SEMINARIOS
Educación
formación
Escucha
Sacerdotes
VOCACIÓN
OBLACIÓN
ACOMPAÑAMIENTO
ENTREGAPASTORAL
celebración misioneros
jóvenes seminaristas
vocación Internacionalidad
Juventud RELIGIOSO
Torrejón
Pozuelo
Málaga
sacerdotes
Dehonianos
parroquias
SACERDOCIO
SOLIDARIDAD
Entrega Vocación
Oración
Escucha
Jóvenes
Esperanza
educación
MISIÓN
ADORACIÓN
Amor
disponibilidad
Solidaridad
RELIGIOSOS
Formación
Oblación
EUCARISTÍA
SACERDOTES
Sacerdotes
Parroquias
sacerdocio
Amor
Alba
amor
religiosos
misión
Pastoral
respeto
paz
fe
Sacerdocio
Educación
SEMINARIOS
Vida Religiosa
Seminaristas
oblación
Salamanca
dehonianos entrega
INTERNACIONALIDAD
SEMINARISTAS
Seminarios
seminarios
Acompañamiento
pasión
Misión
apertura
PARROQUIAS
DEHONIANOS
acogida
tolerancia
humildad
ORACIÓN
caridad
juventud
FORMACIÓN
Javier
ESCUCHA
MISIONEROS
PASIÓN
Valencia
Pozuelo
consejo
caridad
ORACIÓN
acogida
humildad
tolerancia
Eucaristía
Jóvenes
Amor
Venta
pastoral
PASTORAL
esperanza
adoración
oración
Oración
disponibilidad
Málaga
Madrid
Torrejón
Celebración
religioso
juventud
entrega
SACERDO
sacerd
MISIÓN
educ

P. ÁNGEL ALINDADO HERNÁNDEZ, scj

predicar el obrar desde amar con Corazón

"Predicad, pues, ardientemente el amor de Dios, presentando al Corazón de Cristo como símbolo y centro de esta realidad divina. Al hombre roto mostradle, en Cristo crucificado y resucitado, la certeza suprema del amor de Dios. Yo estoy seguro que de vuestra parte, habrá siempre un renovado empeño de fidelidad y de vigilancia para contribuir en todo momento al bien de las almas y a la edificación de la Iglesia".

Padre León Dehon

Palabras. Y en cada una, una realidad, una misión, una comunidad, una pasión. En cada una, un intento de "contribuir en todo momento al bien de las almas y a la edificación de la Iglesia", como decía Dehon. En cada una, un campo que labrar, una razón para seguir, día tras día, siendo testigos de Cristo y su Palabra.

Detente en cada palabra... y **pon rostro** a cada una de ellas. Y, en un momento de silencio, **reza** por cada una de esas realidades en las que los Dehonianos, en España, estamos trabajando, también, gracias a tu ayuda y colaboración.

H. JAVIER LÓPEZ, scj

Justicia y paz en las obras dehonianas: «estuve en la cárcel y me visitaste»

La Delegación provincial de Justicia y Paz de la Provincia Española de los Sacerdotes del Corazón de Jesús, así como la de Misiones, han solicitado al P. Carlos Luis Suarez Codorniu, dehoniano español que lleva casi toda su vida religiosa en Venezuela, que transmita su experiencia a favor de la Justicia y la Paz en su servicio pastoral con menores privados de libertad en una institución penitenciaria de Caracas. Visitar a los presos es quizá la obra de misericordia que menos practicamos los cristianos. Visitar a los presos es ser en el mundo signo vivo del amor, la bondad y la ternura del Padre.

Cerca de las casas de formación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús en Caracas, donde se preparan jóvenes de cuatro países queriendo comprometer aún más sus vidas con el Evangelio, se encuentra un centro de atención para un grupo mucho mayor, también de jóvenes. Son unos setenta, con edades comprendidas entre los catorce y los dieciocho años. Se trata de una institución penitenciaria en la que están privados de libertad hasta cumplir una sentencia judicial que oscila de unos meses a los diez años, según el caso. Cada uno de ellos tiene su historia, que es mucho más que un expediente. Casi todos comparten un marco de relaciones familiares difíciles, un entorno de vida con no poca violencia y abundancia de adicciones, una temprana deserción del sistema educativo y la falta de preparación para buenas opciones laborales.

Desde hace un tiempo, ya tres años, a petición de los responsables de ese mismo centro, los SCJ nos hemos hecho presentes. Acudimos semanalmente para estar con ellos en el proceso que van haciendo. No vamos como jueces, lo tenemos claro. Lo nuestro no es juzgar, y menos aún condenar. Queremos acompañarles, escuchándonos, confiando mutuamente y ayudándonos a encontrar motivaciones y caminos que faciliten y fortalezcan buenos propósitos y compromisos concretos ante la vida. Vamos aprendiendo. No hemos estado solos en la tarea. Contamos con el apoyo de voluntarios para talleres de teatro y de música; con jóvenes de nuestra parroquia para encuentros deportivos y también de oración, y por cierto, ¡hasta con religiosas desde la clausura! Conversando con ellos salió el tema –no se sabe bien cómo– de ciertas mujeres que también vivían «tras las rejas». Al decir de alguno, «por algo malo, seguro». Lo cierto es que de aquel diálogo, y tras algunos contactos, se inició un carteo con un monasterio. Hoy es toda una amistad: «[...] y en verdad estar entre rejas no es fácil, y más como estamos nosotros. Yo sé que tú lo ves de otra manera, y está bien, y admiro esa decisión porque estar entre rejas no es nada satisfactorio y tú

te lo propusiste por Dios. Y cuéntame, ¿cuánto tiempo tienes ahí?» (De la carta de un adolescente privado de libertad a una monja de clausura).

Pero nuestro pequeño servicio apenas inicia «entre rejas». Requiere ir más allá. Hemos tenido ocasión de conocer a muchos de sus familiares. Apoyarles fuera es un reto. En este sentido, además, algunos jueces, sin que lo hubiéramos pretendido, nos han confiado la tarea de organizar un servicio a la comunidad para algunos de estos jóvenes que pueden completar su sanción desde la calle. Todo un desafío al que vamos respondiendo, poco a poco. Somos conscientes de nuestros límites, también de la atracción fuerte que en muchos casos sigue ejerciendo el mundo dañado que una vez conocieron. No pocos vuelven a él. Duele. Sin embargo, nos puede la esperanza de que estos hermanitos aprendan a verse y a ver de manera diversa, desde la verdad, asumiendo su historia y su vida con responsabilidad, como sujetos y protagonistas capaces de encontrar y ofrecer también ellos esperanza, como la de quien tuvo la dicha de oír clara y cercana aquella misericordiosa y apasionada voz: «Ninguno te condena. Camina...» (Cf. Jn 8,1-11).

P. JUAN JOSÉ
ARNAIZ ECKER, scj

Obras de misericordia espirituales

«Aconsejar al que duda»

Desde Descartes la «duda metódica» ha sido elegido instrumento fundamental para la búsqueda de la verdad, algo a cultivar. Para muchos santos del pasado remoto y reciente, ayudar a resolver las dudas fue un compromiso apostólico, un acto de amor hacia el prójimo.

Para Santa Catalina de Siena, «aconsejar al que duda» fue lo mismo que asumir visitas muy comprometidas. Los dudosos con quienes tuvo que vérselas eran príncipes y reyes. Las dudas que con sus consejos logró resolver eran además los del Papa de su tiempo: exilio aviñonés en curso, compromiso de Catalina para detener aquel escándalo y hacer regresar a los Papas a Roma.

Antes que ella también los profetas, con logros alternos, se habían enfrentado a las dudas de los reyes de Israel. También Jesús aconsejó a un personaje en duda. Habla de él el Evangelio de Lucas. No era una duda pequeña la que asediaba a su interlocutor cuando se dirigió al Rabí de Nazaret: cómo hacer para tener la vida eterna.

La duda antes o después se convierte en una experiencia con la que hacer cuentas en la vida de cada día. Mejor si no estamos solos cuando la duda llama a nuestra puerta. A diferencia de la de Descartes, de hecho, nuestras dudas no necesariamente sirven para algo. A menudo nos bloquean y nos hacen incapaces de decidir. El nuestro tampoco es el tiempo de las seguridades: los muchos cambios ante los que nos encontramos nos hacen menos seguros. La sociedad en la que vivimos, dicen los expertos, se caracteriza por el pluralismo, las certezas disminuyen, crece la desorientación, se agigantan las dudas.

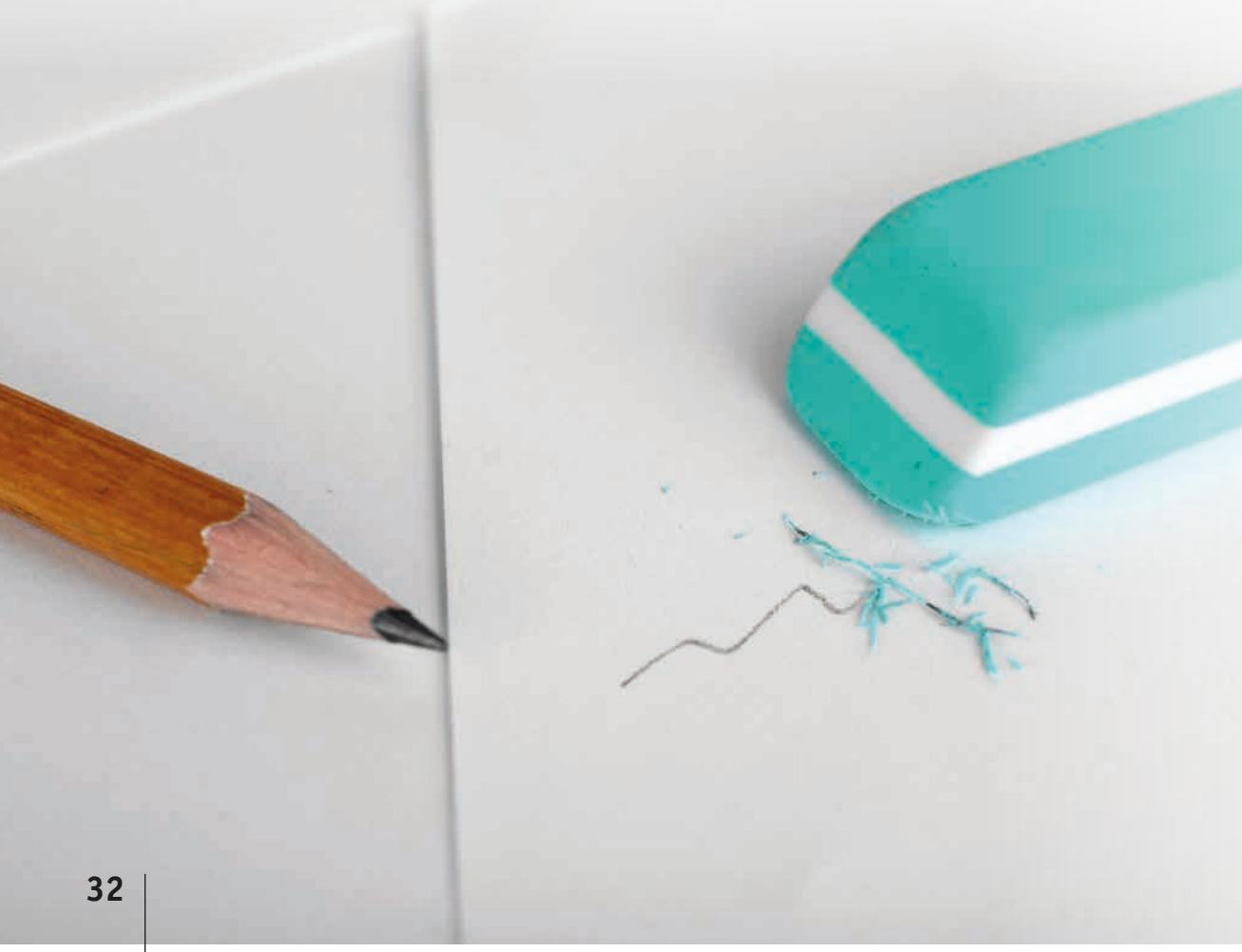
Escuchar, aconsejar, ayudar a tomar la decisión justa es una tarea importante. Alguno hace de ella un trabajo, una profesión, una misión. Se multiplican maestros, consejeros, consultores, sabios, gurús... no siempre ni todos baratos. Cuesta encontrar consejeros desinteresados, capaces de dar serenidad y comprensión en el momento en el que se debe decidir.

Para la Sagrada Escritura el primer consejero es el Señor mismo, cuyo consejo subsiste para siempre (cf. Sal 33,10s). La Escritura recuerda también que en la escucha de la propia conciencia y en la oración tendremos los mejores consejos: «Sigue el consejo de tu corazón (de tu conciencia), porque nadie te será más fiel que él [...] Por encima de todo esto reza al Altísimo, para que guíe tu conducta según verdad» (Sab 37,13.15).

Dar consejo al que duda, remitiéndole al Maestro, a la Palabra y a la escucha de quien sabe, como Santa Catalina, dar consejos también incómodos: una tarea formidable.

Obras de misericordia espirituales

«Amonestar a los pecadores»



«Si tu hermano comete una culpa, vete y amonéstalo entre tú y él solo: si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18,15). La palabra del Señor no deja dudas acerca del deber de corregir a quien se equivoca, pero la experiencia de todos los días está ahí para recordarnos que esta enseñanza no se pone en práctica. Hay casi una especie de «antievangelio» en el sentir común, respaldado por una presunta buena educación y quizás también de respeto de la privacidad: reclamar al bien a quien yerra, para muchos, equivale a inmiscuirse en los asuntos ajenos y esto –se dice con una expresión convertida en de uso corriente– no es políticamente correcto.

Para haber, probablemente, vivido en épocas menos políticamente correctas san Ambrosio, obispo de Milán, no dudó sin embargo en el momento oportuno a inmiscuirse en los asuntos ajenos y precisamente en los del emperador. Por otra parte Ambrosio, cuando era aún gobernador de Liguria y Emilia, trasladado a Milán con motivo de una controversia entre católicos y arrianos, fue aclamado obispo de la ciudad por los fieles, tocados precisamente por sus grandes dotes de sabiduría y franqueza.

A los herejes, cuando ya era obispo, Ambrosio les llamó sin embarazo alguno a la verdad de la fe católica. La representación recurrente del santo con un látigo en la mano recuerda precisamente el vigor de sus palabras cuando reprendía los errores de los herejes. Pero Ambrosio no dudó siquiera en reprochar a Teodosio I, reo de haber hecho masacrar a cerca de siete mil habitantes de la ciudad de Tesalónica, que se habían rebelado frente al gobernador. La de Teodosio fue una represalia pura y dura. San Ambrosio le escribe una carta severísima, le impidió el ingreso en la iglesia hasta Navidad, lo sometió a meses de penitencia, le obligó a pedir públicamente perdón. Mucho antes que él, también Juan Bautista no fue precisamente diplomático con el tetrarca Herodes que se había tomado la mujer de su hermano. Juan, de hecho, sin muchos giros de palabras le dijo: «¡No te es lícito tenerla!».

El sentido del pecado, el respeto de los valores y de las costumbres no gozan de particular popularidad. Alguno con una pedagogía de pesebre retiene que ni si quiera con los niños se debe exceder en exigencias y admoniciones, porque se corre el riesgo de crear en ellos «complejos». Así, las llamadas a la virtud y a la legalidad se arriesgan a ser descuidadas por quien ha decidido no amonestar a quien yerra y prefiere cerrar elegantemente los ojos de frente a los errantes.

Ciertamente las personas se respetan, siempre. No se trata de juzgar a los demás, sino de ayudarlos a entender cuándo y dónde nos equivocamos. «Amonestar» no equivale a mortificar, sino a ayudar a comprender el propio error. Para hacer esto lo primero e importante consiste en llamar a las cosas por su nombre, sin complicidad. El mal y la ilegalidad, por ejemplo, se llaman «mal» e «ilegalidad» con claridad y sin temor ya en la familia y después en la escuela, en la calle... y decididamente también en la Iglesia.

Obras de misericordia espirituales

«Consolar a los afligidos»

A menudo en el Antiguo Testamento se encuentran referencias al consuelo del pueblo de Dios. En el libro de Isaías se lee: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios» (Is 40,1), y más adelante, «El Señor me ha consagrado con la unción; me ha mandado a portar el alegre anuncio a los míseros [...], para consolar a todos los afligidos» (Is 61,1.2), texto este último que Jesús también se aplicó a sí mismo. Aún en el libro de Isaías, el Señor dice de sí mismo: «Como una madre consuela a un hijo, así os consolaré yo» (Is 66,13). También S. Pablo recuerda a los cristianos: «Alegraos con quienes están alegres, llorad con los que lloran. Tened los mismos sentimientos los unos por los otros» (Rom 12,15-16).

Todos sabemos qué es la aflicción, todos hemos tenido que ver con personas que están afligidas. Dolor y aflicción pueblan el mundo. No obstante el progreso, las razones de aflicción no han disminuido y aún son muchos los que esperan ser consolados.

Los santos frente a la aflicción del prójimo se han remangado los brazos, se han ceñido el delantal, en definitiva, se han puesto manos a la obra, han «inventado algo». Basta pensar en San José Cottolengo, en San Camilo, en San Juan de Mata, en San Pío de Pietrelcina y en madre Teresa de Calcuta. Han fundado Órdenes religiosas para la asistencia de quien sufre, casas de socorro y de recuperación, hospitales. Juan de Mata en el siglo XII fundó la Orden de los Trinitarios para la liberación de los cristianos que acababan en la esclavitud; hoy su obra continúa en el compromiso de sus frailes para liberar de las nuevas formas de esclavitud.

Un cuadro de E. Munch da buena idea de la naturaleza y del hombre que sufren y de la ausencia de quien los conforte. Frente al dolor se cierran ojos, orejas y corazón para no dejarse implicar. En compensación la boca está abierta para decir o pedir cosas incongruentes: ¿qué siente? ¿Ha perdonado? Sucede, quizás también a quien es cristiano, el cerrar los ojos para no ver, taponar los oídos para nos escuchar, sellar el corazón para no dejarse llevar.

¿Quién advierte el grito silencioso de quien sufre? Los afligidos pueblan el mundo, pero la mayoría no los ven. La solidaridad se delega en el voluntariado y en las instituciones, realidades de las que, por otra parte, se tiene una estima grande y desinteresada, en el sentido de que nos desinteresa lo que hacen. Sería bueno por tanto preguntarse si, paradójicamente, alguno no llegue a pensar que, debido al hecho de haber sido proclamados «bienaventurados» por su condición, los afligidos no tengan necesidad de nada más. Sería una especie de refinada blasfemia, fruto del egoísmo y la dureza de corazón. La bienaventuranza, de hecho, no consiste en estar afligidos, sino en la perspectiva de ser consolados por Dios.

Obras de misericordia espirituales

«Rezar por los vivos y por los muertos»

«Rezar a Dios por los vivos y los muertos», recita la última de las siete obras de misericordia espiritual. Se puede rezar en la iglesia, en el cementerio, por la calle, en la habitación, en la cocina, en el salón. Lugares y ocasiones no faltan, pero a menudo lo que falta es el recuerdo.

Reunirse por núcleos familiares para rezar el rosario por los difuntos y las necesidades de la familia o de los conocidos era una de las costumbres más queridas de la piedad cristiana a caballo entre el siglo XIX y el XX. Formaba también parte de la tradición civil de los países europeos visitar los cementerios y pararse para una oración o para un recuerdo respetuoso por cuantos no habían resulto todavía completamente el problema de la propia pertenencia eclesial. En algunos países europeos, no afectados por las reformas napoleónicas, los cementerios surgen aún alrededor de las iglesias, dentro de las ciudades, casi para sancionar la presencia de los difuntos en el pensamiento y en la vida de los vivos: un reclamo al recuerdo y una llamada a la oración.

Era una costumbre de ayer que ve hoy decaer: la oración de sufragio por los muertos y de conforto por los vivos. Se hacían celebrar misas de sufragio o de intercesión, se rezaba por las personas que se conocían, se recomendaba mutuamente un recuerdo en la oración, a menudo se cubrían las agendas parroquiales con peticiones de celebraciones de misas para obtener una gracia, por la salud de un enfermo, según las intenciones de una persona viva.

Los santos siempre han rezado por los vivos y por los muertos. Santa Clara eligió para la Orden de las monjas clarisas, junto a la pobreza, el compromiso de la oración asidua por los vivos y por los difuntos. Clara rezaba antes de encontrarse con alguien y amaba rezar en el recogimiento, lejos de los ojos de los hombres.

Rezar a Dios por los vivos y por los muertos no puede sin embargo reducirse a un apresurado recuerdo el Día de los difuntos o cuando alguno nos pide hacerlo por él. Es necesario rezar siempre por los muertos, también para recordar que antes o después nos tocará también a nosotros... Y es necesario rezar siempre también por los vivos: a menudo tienen más necesidad de ellos que los muertos. La celebración de la Eucaristía nos ayuda a entender cómo se debe tener siempre unido el recuerdo de los vivos y el de los muertos en la oración. En cada Eucaristía, de hecho, hay dos momentos específicos en los que el recuerdo de los vivos y de los difuntos se pone en evidencia, reclamando a la comunidad el deber de una caridad que se hace oración.

Ocurre aún que alguno pida oraciones a un convento o a sacerdotes de su parroquia. No son solo personas ancianas quienes lo hacen, lo hacen también chicos y chicas, jóvenes; lo hacen por sí mismos y por aquellos que forman parte de su círculo familiar o de sus conocidos. Es una cosa buena, pero la obra de misericordia dice rezar, no hacer rezar a otros.

Obras de misericordia espirituales

«Soportar con paciencia las personas molestas»

Los primeros en no entender quiénes son las personas molestas deben haber sido precisamente los discípulos de Jesús, los cuales, cierto día, concluyeron que los niños que estaban alrededor del Maestro eran molestos y querían echarlos. Pero Jesús les explicó que no era así en absoluto.

«Soportar las personas molestas...». Cada uno tiene su círculo de «molestos» que quisiera ver reducida, pero a su vez cada uno logra ser molesto para algún otro.

Simpatía y antipatía son plantas espontáneas: lo que soportamos fácilmente de algunos nos indispone con otros. Probablemente a su vez provocamos el mismo efecto...

«Soportar» recita esta obra de misericordia, y pretende que se conceda la paciencia- misericordia, la tolerancia-acogida ante las diferentes categorías de «molestos». Por ejemplo con el niño hiperactivo y ruidoso, el adolescente presuntuoso, el anciano ya no lúcido, el vecino aburrido, el colega que nos conoce solo cuando le interesa, el pariente que nos busca en momentos poco adecuados y después desaparece hasta la próxima ocasión útil, obviamente para él. La misericordia operativa nos pide ir más allá de la buena educación, en un compromiso cotidiano que, si la mayor de las veces se mantiene en el nivel de fastidio, en ciertas ocasiones puede también convertirse en una cruz.

Los santos soportaron con paciencia la cercanía molesta de personas que incluso desde otro punto de vista eran ellas mismas virtuosas. El Cura de Ars, San Juan María Vianney, cuando en Francia se saldaban cuentas por las destrucciones religiosas de la Revolución francesa, como párroco en una pequeña aldea, se consumía días tras día, confesando y escuchando a las personas que se acercaban a él, atraídas por su fama de santidad. Con todas el santo usaba misericordia y paciencia, con todas ejercía el ministerio del consuelo, prescindiendo del hecho de que fuesen señoriales o no, aburridas o no y que quizás él estuviese cansado. En su pequeñez madres de familia e hijas sensibles hacen algo parecido ante la petulancia de los hijos o la pesadez de situaciones que empujan a los padres a asistir y a cuidar.

En sus cartas, San Pablo reclama a los cristianos el empeño del soportarse recíproco, porque también en las comunidades puede haber «personas molestas» y estas no son necesariamente personas «alejadas». Hay momentos en los que también quien es querido logra sernos molesto.

P. ÁNGEL ALINDADO HERNÁNDEZ, scj

Perdonar... y sentirse perdonado.

Recibir de Dios, que es siempre Misericordia, la oportunidad de comenzar de nuevo, consciente del pasado, pero con la mirada puesta en el futuro. Y sentirse lanzado, abriendo la vida al nuevo horizonte que Dios delinea para nosotros. Y sentirse invitado a poner en práctica lo que uno a experimentado.

En lo secreto...

¡Qué grande es la misericordia del Señor y su perdón para los que vuelven a él!

(Eclesiástico 17, 29)

La palabra del perdón pueda llegar a todos y la llamada a experimentar la misericordia no deje a ninguno indiferente.

«"No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis" (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad» (Misericordiae Vultus, 14).

Pedimos perdón: Acto penitencial

Humildes y penitentes, como el publicano en el templo, acerquémonos al Dios justo, y pidámosle que tenga piedad de nosotros, que también nos reconocemos pecadores.

Se hace una breve pausa en silencio.

V/: Señor, ten misericordia de nosotros.

R/: Porque hemos pecado contra ti.

V/: Muéstranos, Señor, tu misericordia.

R/: Y danos tu salvación.

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.
Amén.

Salmo al Dios misericordioso

Alzo mi voz a Dios gritando,
alzo mi voz a Dios para que me oiga.
Dios mío, tus caminos son santos.
Tú te has hecho presente en nuestras vidas.

Siempre, a pesar de todo,
prosigues recreando un mundo hermoso
y pones en el hombre
una sed de bondad, un hambre de justicia.

Hoy nos vemos, Señor, pobres y pecadores,
en medio de un mundo indiferente y frío,
en una sociedad de satisfechos.

Nos vemos pecadores,
perdidos en la masa, contagiados
de la común idolatría, oyendo tantas voces
que preguntan – con frecuencia
afirman – si tú ya has muerto.

Tú que miras al hombre con amor
y das a quienes se acercan a ti
la fe frente a la angustia;
tú que eres nuestro Dios, eterno y vivo,
contemporáneo del amor sin límites,
llénanos de tu paz y
regálanos tu amor de Padre.

Evangelio: Lc 7,36-50

Un fariseo lo invitó a comer. Jesús entró en casa del fariseo y se sentó a la mesa. En esto una mujer, pecadora pública, enterada de que estaba a la mesa en casa del fariseo, acudió con un frasco de perfume de mirra, se colocó detrás, a sus pies, y llorando se puso a bañarle los pies en lágrimas y a secárselos con el cabello; le besaba los pies y se los ungía con la mirra. Al verlo, el fariseo que lo había invitado, pensó: «Si éste fuera profeta, sabría quién es y qué clase de mujer lo está tocando: una pecadora». Jesús tomó la palabra y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Contestó: «Dilo, maestro». Le dijo: «Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientas monedas y otro cincuenta. Como no podían pagar, les perdonó a los dos la deuda. ¿Quién de los dos le tendrá más afecto?» Contestó Simón: «Supongo que aquél a quien más le perdonó». Le replicó: «Has juzgado correctamente». Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me diste agua para lavarme los pies; ella me los ha bañado en lágrimas y los ha secado con su cabello. Tú no me diste el beso de saludo; desde que entré, ella no ha cesado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con perfume; ella me ha ungido los pies con mirra. Por eso te digo que se le han perdonado numerosos pecados, ya que siente tanto afecto. Que al que se le perdona poco, poco afecto siente». Y a ella le dijo: «Tus pecados te son perdonados». Los invitados empezaron a decirse entre sí: «¿Quién es éste que hasta perdona pecados?» Él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz.»

Perdonar de todo corazón

Ante ti, Señor, somos todos deudores,
pero, ya que tú nos perdonas gratuitamente,
danos la gracia de poder perdonar de todo
corazón.

Concédeme, Señor,
el don de ser capaz de dar el primer paso
cuando cualquiera de mis hermanos
tenga algo contra mí.

En lugar de quejarme de mis compañeros,
permíteme tender puentes de comprensión.

En lugar de quejarme
de la indiferencia de mis vecinos,
enséñame a suscitar el encuentro entre ellos.

En lugar de protestar contra la injusticia,
ayúdame a dar pasos concretos
para crear relaciones fraternas a mi alrededor.

En lugar de enfadarme
ante cualquier contrariedad insignificante,
ayúdame a aceptar a los demás como son
sin querer imponerles mi verdad.

Entonces, Señor, tú harás de mi vida.
una chispa de perdón,
capaz de encender el fuego
de la reconciliación entre los hombres.

P. ALFONSO
GONZÁLEZ SÁNCHEZ, scj

Tercera Asamblea del Distrito de Ecuador

A finales de enero tuvo lugar en Bahía de Caráquez (Ecuador) este encuentro de los religiosos SCJ con el Superior provincial, P. José Luis Munilla. Se trataron principalmente temas relativos a la Pastoral con jóvenes: por un lado, lo referente a aquellos que muestran inquietud por continuar el acompañamiento espiritual y vocacional, y también el proyecto de la casa de formación Domus Cordis. Además se informó sobre la marcha de proyectos sociales como los Microcréditos comunitarios, y sobre diversos encuentros celebrados o por celebrar a nivel local o regional. El P. Provincial compartió con los hermanos que trabajan en Ecuador la marcha de las comunidades que viven en España y les trasladó su apoyo y ánimo en la misión que llevan a cabo.

ESIC nombra al P. Eduardo Gómez Martín Director general

Nuestra escuela universitaria ha presentado el proyecto Compromiso 2020, con el objetivo de afrontar las próximas transformaciones en el sector de la formación empresarial. Para liderar esta nueva etapa se ha nombrado a un nuevo Director general que vendrá a sustituir al P. Simón Reyes Martínez Córdova.

Entrada al postulantado

La capilla de nuestro Seminario de Salamanca acogió la entrada al Postulantado de Félix Blanco García, un joven placentino de 24 años de edad, que está finalizando sus estudios de Teología. La celebración fue presidida por el Superior Provincial, P. José Luis Munilla Martínez, y estuvieron presentes las comunidades de Salamanca y de Alba de Tormes, así como un buen grupo de alumnos del Seminario San Jerónimo.

Nuevo Secretario General

El Superior General, el P. Heiner Wilmer, ha nombrado al P. Pedro Iglesias Curto nuevo Secretario General de la congregación, responsabilidad que desempeñará en Roma y asumirá a partir del próximo 1 de agosto de 2016. El Superior General agradece especialmente al Superior Provincial, el P. José Luis Munilla, y al P. Pedro por haber aceptado iniciar esta nueva aventura, donde no le faltará apoyo en un servicio muy importante dentro de la congregación.

Las Hermanas de la Consolación y la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores

Desde el pasado mes de marzo esta comunidad de religiosas vive junto a nuestra parroquia salmantina ubicada en el barrio San José. Los fieles les dieron la bienvenida en una eucaristía, ofreciéndoles las llaves de la parroquia en signo de acogida. Su ayuda y colaboración contribuirá a seguir relanzando la pastoral parroquial.

Ejercicios espirituales y Jubileo de la Misericordia

Los religiosos dehonianos se han repartido en dos tandas de Ejercicios espirituales que tuvieron lugar en la casa de Salamanca, antes de Cuaresma y en la Primera semana de Pascua. Estuvieron predicadas por el P. Carlos Luis Suárez, scj de la Región de Venezuela, que centró sus reflexiones en el texto de Lamentaciones 3, 40, "Examinemos atentos nuestra conducta,

y convirtámonos a Yahvé", en búsqueda del tesoro. Momento especial de estos días de ejercicios fue el paso por la Puerta Santa del Jubileo de la Misericordia en la Catedral de Salamanca junto con la celebración de los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.

In memoriam

El Hno. Jesús María López Andoño falleció el pasado 15 de abril a la edad de 85 años. Había vivido en Puente la Reina los últimos años de su vida religiosa, colaborando siempre en servicios comunitarios y en beneficio del Seminario. Su funeral tuvo lugar en la parroquia de Santiago de Puente la Reina, donde fue despedido por sus familiares y por muchos religiosos dehonianos.

Un Goya en el P. Dehon de Novelda

Nuestro colegio de Novelda se siente orgulloso de compartir los valores que transmite el documental "Sueños de Sal", premiado con el Goya como "Mejor película documental 2016". La cinta, protagonizada por vecinos de Novelda, fue presentada ya el pasado año en el cine del colegio. Las historias que narra este documental muestran cómo el espíritu de superación de un pueblo estimula a los individuos que lo componen a superar sus límites y lograr sus propias metas.

Solidaridad con Ecuador

El terremoto de Ecuador ha afectado muy directamente a nuestra comunidad de Bahía de Caráquez. Allí la situación es extremadamente delicada. Desde los primeros momentos tras el seísmo, se viene necesitando todo tipo de recursos sanitarios, así como muchos alimentos básicos, ya que las comunicaciones han quedado bloqueadas.

Por este motivo, la congregación ha puesto en marcha la campaña "Ecuador necesita tu ayuda". La situación es dramática y el objetivo es recaudar fondos para hacerlos llegar a las víctimas.

Formación del profesorado

Los seis colegios de titularidad de nuestra Congregación en España están inmersos en un proceso específico de mejora de la calidad de la enseñanza. Se trata de un programa de Innovación Educativa basado en el Aprendizaje cooperativo. En las últimas fechas todos los claustros de profesores están recibiendo formación y poniendo en práctica técnicas, metodologías, dinámicas y estrategias educativas. Este proceso busca en definitiva responder mejor a las necesidades escolares de nuestros alumnos y mejorar así también sus resultados académicos.

dehonianos

Sí,
deseo colaborar con las Obras Apostólicas de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús

Formación de seminaristas

- ☐ Beca Extraordinaria ..... 1.200€
- ☐ Beca Ordinaria ..... 600€
- ☐ Pensión Mensual ..... 400€
- ☐ Pensión Diaria ..... 30€

Celebración de misas

A intención de .....

Donativo Económico ..... €

Datos

D./Dª .....

Dirección ..... Nº ..... Piso .....

Población ..... C.P. ..... Provincia .....

Teléfono ..... Correo-e .....

NIF .....

Los donativos que realice tienen una desgravación del 25% de su importe en el Impuesto de la Renta. Para enviarle el certificado necesitamos que nos comunique su NIF.

Deseo colaborar a través de

☐ Transferencia a: C/C SANTANDER C. H. – IBAN ES46 0049 1843 4324 1024 5974
C/C BANESTO – IBAN ES58 0030 8200 9900 8534 6271
C/C CAJA DUERO – IBAN ES34 2104 0135 8600 0000 3788

☐ Giro postal ☐ Cheque

☐ Domiciliación bancaria:

Titular de la cuenta .....

Caja o Banco .....

Nº Cta. IBAN ES .....

La cantidad de ..... €

☐ Mensual ☐ Trimestral ☐ Anual ☐ Aportación única .....€

CLÁUSULA DE INFORMACIÓN PARA LOS BIENHECHORES. De acuerdo con lo establecido en la Ley Orgánica 15/1999 de Protección de Datos de Carácter Personal, le informamos de que sus datos personales son incorporados a un fichero automatizado, con la finalidad de gestionar las obligaciones derivadas de su aportación, así como para remitirle la revista scj.es y otras informaciones relacionadas con la Congregación de los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús, Padres Reparadores-Dehonianos, que puedan ser de su interés, salvo que marque la siguiente casilla ❑.
Para el ejercicio de sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición deberá dirigirse al responsable del fichero:

SEMINARIO PP. REPARADORES - Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús - Reparadores | Dehonianos
C/ El Crucifijo, 1 - 31100 PUENTE LA REINA (Navarra). Tel. 948 34 00 50 E-mail: puente@scj.es - www.scj.es

La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar [...] A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad.

Evangelii gaudium, 46

Franciscus

Francisco, papa